

XI Jornadas Otra economía está en marcha 2025.

Ruta por el Manzanares: una oda a los bienes públicos naturales

Por Maria Samper Serra

Un año más, Economistas sin fronteras ha celebrado unas jornadas de Otra economía está en marcha. En esta ocasión, ofrecían la posibilidad de acudir a tres ponencias de gran actualidad. En primer lugar, ‘Neoliberalismo autoritario: austeridad, estado capitalista y auge de la extrema derecha global’, presentada el viernes por Mònica Clua-Losada. Y en segundo lugar, las celebradas el sábado por la mañana: ‘Una economía para vivir bien dentro de los límites planetarios’, de la mano de Julia Steinberger, y ‘Acelerar la Desintegración: Crisis, Neoliberalismo y Ascenso de la Extrema Derecha’, en formato podcast, con Rodrigo Guimaraes Nunes como invitado.

Acto seguido, tras un pequeño piscolabis, Economistas sin fronteras organizó dos derivas urbanas, una de la mano de La Liminal, con la temática *“De la ciudad medieval a la ciudad moderna. Madrid y los primeros movimientos obreros”*, y otra guiada por una activista de Ecologistas en Acción, con *“El proceso de reforestación del río manzanares”* como eje de la ruta. En el sorteo realizado tras el piscolabis me fue adjudicada esta segunda ruta, de manera que será la misma la que constituirá el tema que trataré en el presente artículo.

Lo cierto es que yo vine a Madrid hace ya 6 años para realizar mis estudios universitarios. Habiendo residido en primera instancia en un Colegio Mayor de la Avenida Séneca, allí donde se sitúan aquellos que pertenecen a la Universidad Complutense de Madrid, justo en el extremo sureste de la Ciudad Universitaria, de frente al Parque del Oeste, la zona de Madrid Río siempre ha ocupado un lugar especial en mi corazón. Así pues, esta deriva fue particularmente especial porque actuó como una suerte de viaje en el tiempo.

Cuando yo llegué a la Villa y Corte, ya había sido rehabilitado el río, y se empezaba a hablar de revalorización y gentrificación, especialmente en relación con Puerta del Ángel, pero desconocía muchas de las cuestiones que Lidia, de Ecologistas en Acción, nos transmitió en aquella deriva. Efectivamente, si uno recorre el paseo alledaño al río, que ha convertido al Manzanares en el centro de un área recreativa de cariz fluvial, puede apreciar la articulación que ha supuesto entre aquellos barrios que cierran el centro de la ciudad con aquellos que dan inicio al denominado “Sur”. Pero no solo, si no que la habilitación de esta área ha permitido generar un nuevo pulmón entre el cemento, junto al que representan el Retiro y la Casa de Campo, transportando al paseante a cualquier zona rural de España, hasta que levanta la vista y atisba los edificios que cercan al río y su parque, erigiéndose como una especie de guardianes del tesoro que efectivamente constituye para los madrileños, o que, al menos, debería constituir.

A fin de cuentas, la transformación del río no ha conducido simplemente a la aparición de un espacio verde de ocio para quien desee temporalmente desconectar de las andanzas de la gran urbe, sino que ha significado una apuesta por la recuperación del patrimonio fáunico y botánico del Manzanares. De hecho, tal y como nos manifestó Lidia, con el tiempo, han vuelto a crecer especies de plantas y arbustos que en un pasado habrían casi desaparecido, lo que habría contribuido a su vez, al regreso de especies animales –en especial conejos y aves de distinto tipo– que habrían vuelto a encontrar en el río y su entorno un hogar.

Si bien estas cuestiones pueden parecer baladís, lo cierto es que la ruta realizada por el río nos dio a entender que esta remodelación implica un salto cualitativo en la forma de apreciar la riqueza que puede extraerse de nuestra ciudad y la forma de gestionar lo urbano –cuestión en la que, lamentablemente, no coinciden todos los equipos municipales que han pasado por el ayuntamiento–, y es ver la naturaleza y los espacios urbanos como un bien público que debe ser puesto a disposición de la ciudadanía y, al mismo tiempo, que ponga en primer plano la protección de la flora y la fauna locales, permitiendo que ambas realidades convivan y se nutran mutuamente.

De ahí que, tal y como nos contó la guía, la gente pusiera el grito en el cielo ante la celebración de una *mascletà* –evento, por otro lado, de gran polémica y debate, más si cabe desde una valenciana que ama las Fallas, por ser el corazón de las festividades de mi tierra, y Madrid, mi ciudad adoptiva– en dicha zona, tratándose de un área protegida precisamente por el ecosistema que en ella se encuentra, o ante la colocación de numerosos focos cuyo único papel es perturbar el funcionamiento de dicho ecosistema, lo cual podría derivar en la huida de aquellas especies animales que, como comentaba, habían vuelto a encontrar en el río un espacio donde construir su hogar. Al fin y al cabo, este tipo de acciones suponen la destrucción del patrimonio natural que como ciudadanos –precisamente como hacen los miembros de Ecologistas en Acción– deberíamos denunciar ante nuestras autoridades.

En definitiva, la deriva urbana por el río, en que la amable Lidia nos habló no solo de su proceso de remodelación sino de qué supone este cambio en la realidad madrileña, creo que debería transmitir el mensaje siguiente. Debemos apostar por el patrimonio natural con el que contamos, más aún en una ciudad de las dimensiones de Madrid, con kilómetros y kilómetros de cemento y edificios y cada vez más afectada por la contaminación. A fin de cuentas, supone, por un lado, la generación de un pulmón verde con el cual quizás, contribuir a luchar contra el cambio climático; por otro lado, y en consecuencia, un área de gran riqueza para el disfrute de los ciudadanos; asimismo, como un espacio a través del cual recuperar y proteger la fauna y flora local; y, en última instancia, como un eje vertebrador de decenas de barrios madrileños que comparten la suerte de ser colindantes a esta belleza natural, aportando otra visión de lo urbano y quizás, con suerte, del camino a la atenuación de las disparidades y segregación urbana que nuestra ciudad todavía presenta.

Con todo, tenemos la responsabilidad y el privilegio de contar con gente como Lidia y el conjunto de Ecologistas en Acción para actuar como referentes a la hora de proteger nuestro patrimonio local natural y dar con ello el primer paso hacia la construcción de una ciudad mejor, más verde y más unida.